

EDUCACIÓN Y CULTURA ESCRITA

POLÍTICAS DE LECTURA PARA LOS PROTAGONISTAS DEL AULA

Gustavo Bombini *

En la llamada *Memoria* de 1865, uno de los textos fundacionales de la enseñanza secundaria argentina, su autor, Amadeo Jacques, el rector del Colegio Nacional de Buenos Aires que fuera inmortalizado en *Juvenilia* de Miguel Cané, dice:

En cuanto a los textos, volveré a manifestar aquí ciertas ideas que, por más resistencia que hayan encontrado en su primera aplicación en este país, no dejan de sacar ya de la experiencia del Colegio de Buenos Aires una fuerza demostrativa casi irresistible. ¿Cuáles son los textos de enseñanza que se deben adoptar en los Colegios Nacionales? A esta pregunta, ya varias veces suscitada, yo contesto como siempre: ‘Todos o ninguno; todos porque no existe uno tan malo que no se pueda sacar de él algún partido; ninguno, porque no hay uno solo que sea absolutamente perfecto. Y aún cuando existiera tal libro, se debería vacilar en adoptarlo, porque adoptar en estilo de enseñanza

oficial, es casi prescribir y por consiguiente, hasta cierto punto, excluir. Es por lo tanto entronizar la rutina, apagar en el profesor el espíritu de indagación, y en el discípulo el interés de aprender, que se alimenta principalmente con la variedad y lo imprevisto de la enseñanza; es inmovilizar en una sola forma y luego matar la instrucción, que vive de movimiento y de progreso. Un libro ha sido adoptado oficialmente para la enseñanza de cierta ciencia, de la aritmética, por ejemplo. El profesor tiene desde entonces el deber de conformarse a este libro, y el derecho de limitarse al mismo. Este deber lo cumple con mucha facilidad; no tiene para esto sino que leer cada mañana una página o dos del libro, y las va rendir fielmente en su clase, con o sin comentario. Ese derecho, lo usa ampliamente; pues es dulce a la pereza, pecado mortal muy común entre los hombres. En efecto, ¿qué cosa más cómoda que esta de tener hecha y, por decirlo así, redactada por orden de la autoridad?

La cita de Jacques es interesante; primero porque nos habla de la antigüedad del problema sobre el que queremos debatir: las fuentes con las que uno se topa cuando aborda la historia de cualquier área de la enseñanza muestran que en todas las épocas de la historia de la educación, docentes y especialistas, editores y funcionarios, han tomado alguna posición sobre los libros de texto:¹ el doble capital, material y simbólico, concentrado en un objeto de consumo garantizado y de alta rentabilidad y con un fuerte poder configurador del conocimiento escolar y de las prácticas docentes, sin duda, lo ameritan. En segundo lugar, la cita de Jacques parece condensar de manera sencilla los principales aspectos que se ponen en juego en una discusión sobre los libros de texto en la enseñanza: sus relaciones con la pauta curricular, su lugar como proveedor de conocimientos, sus dimensiones gráficas y estéticas, las tareas que proponen, el tipo de rutina que entronizan, el lugar reservado al docente que imaginan, el tipo de apelación dirigida al alumno.

Sin duda, todos estos aspectos cobran más relevancia cuando se trata de reflexionar sobre el valor de los libros de texto en el marco de políticas públicas donde su ausencia o su presencia daría como resultado un mapa diferenciado, un horizonte de expectativas de otro espesor según sea el caso de que nos imaginemos una educación con libros o sin ellos. El valor simbólico y el impacto específico en

las prácticas que los libros tienen como moldeadores de diversas y plurales escenas de enseñanza es potente y aún no ha sido suficientemente indagado.

En un artículo brillante, y por cierto problematizador de la cuestión, la investigadora mexicana Elsie Rockwell² advierte sobre las interpretaciones ligeras y mecanicistas acerca de la relación aparentemente pasiva de los docentes y los alumnos con los libros de texto en el aula. Recuperando la noción de “apropiación” –que viene del campo de las investigaciones sobre las prácticas sociales de lectura que desarrolla el historiador francés Roger Chartier–, Rockwell demuestra que el maestro es un mediador activo en la relación que los alumnos establecen con los textos y el conocimiento en tanto su intervención oral en el aula es constructora de lecturas y usos diversos. Maestros y profesores saben seleccionar aquellos fragmentos de los textos que consideran adecuados, sobre los que ya tienen certezas a partir de experiencias desarrolladas con anterioridad; los alumnos desarrollan tácticas que les permiten seguir adelante con la tarea y el aprendizaje. El reconocimiento de estos modos de apropiación y uso por parte de los protagonistas del aula deben formar parte de una política que, a la vez que garantice la presencia del objeto libro como instrumento organizador de la tarea cotidiana, deje aire para la tarea autónoma del docente y para –y esto es

central en una política que aspire a la diversidad y al pluralismo en el conocimiento— la presencia de otros libros: el de divulgación, el de literatura, el libro ilustrado, la enciclopedia, el diccionario y también de otras publicaciones: la revista, el fascículo coleccionable y, por

supuesto, la información escrita que llega de la mano de las nuevas tecnologías; todos esos impresos, todos esos formatos nos recuerdan que la circulación de la cultura escrita puede empezar por ahí, pero que por suerte no se agota en la escuela. ■

* Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Profesor e investigador de Didáctica de la Lengua y la Literatura de las Universidades de Buenos Aires, La Plata y San Martín. Actualmente se desempeña como Coordinador del Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.

Notas

- ¹ Bombini, Gustavo, *Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860-1960)*. Buenos Aires, Miño y Dávila, 2004.
- ² Rockwell, Elsie, “La lectura como práctica cultural: conceptos para el estudio de los libros escolares” en *Lulú Coquette, Revista de Didáctica de la Lengua y la Literatura*, año III, n° 3, noviembre de 2005. Buenos Aires, Jorge Baudino Ediciones y El Hacedor.